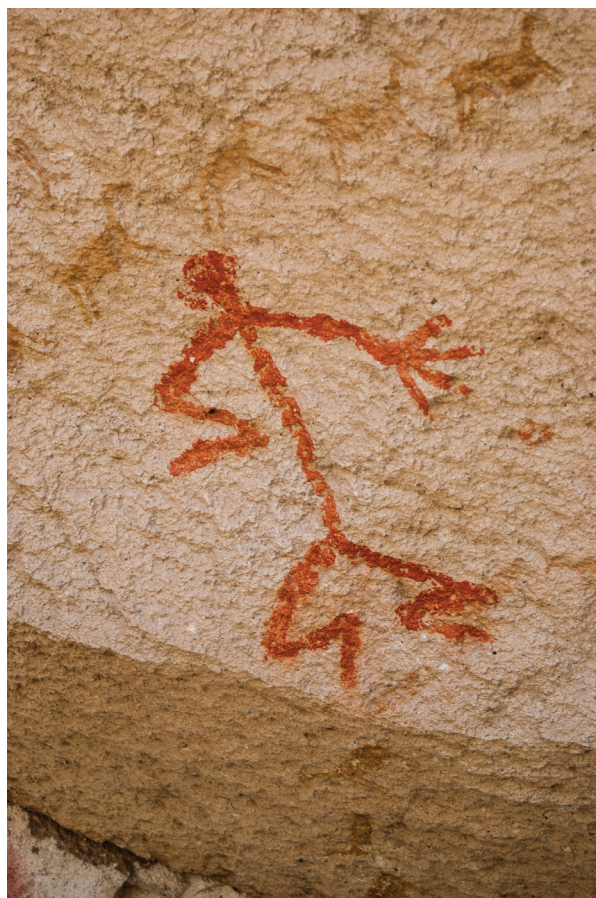


Sobre la cultura y sus fascinantes vorágines

Por cultura, actualmente, se entiende cualquier sinnúmero de cosas relativas a la estructura social y a los fenómenos que trascurren en cualquier escenario de la vida, justo donde la humanidad despliega su accionar indeleble. Pero esto no siempre fue así. Sólo hasta hace un siglo, incluso menos, cuando se enunciaba la palabra cultura se hacía alusión al imaginario de las Bellas Artes y a las formas refinadas de comportamiento en sociedad, propias de la aristocracia y de la corte, aludiendo a un *ethos* estilizado por una estética particular que satisfizo los gustos más peculiares de la crema y nata de las jerarquías dominantes de la Europa renacentista, ilustrada y romántica, y buena parte de Eurasia y África, sobre todo de aquellos amantes de las formas de la realeza francesa, británica o neerlandesa. Oriente y Oceanía, al igual que las tierras amerindias, tuvieron su propia versión de esa categoría que muchos aciertan al llamar como un conjunto de creencias, gustos y prácticas sociales que identifican a un grupo humano y lo diferencian de otro.

En contraposición a la naturaleza, que claramente nos contiene, la gran paradoja de la cultura es precisamente el hecho de que nazca de la naturaleza humana. En la esencia humana se encuentra la génesis de la cultura que, a la vez, es artificio: transformación de la naturaleza primaria al antojo y necesidad de la gente.

La expansión del concepto de cultura, que pasó de una visión eurocéntrica a una que se forjó tras la autodeterminación de las colonias europeas, diseminadas por el orbe y, en especial, de los pueblos nativos aceptados como “otros” posibles, luego de la abolición de la



Cueva de las Manos. Pintura rupestre. Provincia de Santa Cruz, Argentina. 7350 a. C.

esclavitud y del reconocimiento de diferentes credos y formas de vida, hizo que la idea de cultura se enriqueciera y explayara con nuevas alternativas en las que las nociones de diferencia, tolerancia, otredad y libertad se tomaron la escena de una ética globalizada que propugnó por una mejor vida en la aldea global.

Ahora bien, el término cultura sigue siendo tan esquivo y resbaladizo como gaseoso; cuando se cree haber llegado a una idea que, más o menos genera consenso, asoma una nueva

forma de ver la cultura que, en parte cuestiona la anterior; pero, aun así, no se desmantelan la experiencia y sumatoria de saberes y, antes que simplificar una respuesta a la pregunta por la cultura, la complejiza.

Pese a todo, parece ser que lo relativo a la humanidad confluye en este término. No obstante, también hay posiciones más radicales que objetan el prurito de bautizar con el concepto, aun aquellas cosas que atentan contra el bienestar general o contra la ley, o que generan descrédito y malestar en un sujeto o en un colectivo. Desde tal perspectiva, no cabe hablar de cultura del narcotráfico, ni del crimen, ni de la mediocridad; estos oxímoros, aunque parecen lograr cierto efecto en el sentido comunicativo, gracias a la bondad de la palabra, o parecen legitimar la práctica o conducta ablandando el sentido peyorativo de la idea asociada, lejos están de significar la excelsa producción del genio y de la naturaleza humana que hemos acertado en llamar Cultura.

Precisamente, por tratarse de un término mutable y de connotaciones varias y acumulativas, las investigaciones sobre la cultura, como objeto de conocimiento, adelantadas por la filosofía y las ciencias sociales y humanas, han cobrado gran relevancia desde que expiró la idea jerárquica que ligaba la cultura con el cultivo del gusto y del espíritu de manos de las bellas artes.

Conscientes de que, más que un problema sunuario, la cultura es una necesidad básica para la vida en sociedad, la Universidad de Antioquia, desde su política de incentivos a la creación, representada por los Premios Nacionales de Cultura, creó en el año 2001 una novedosa línea para los estudios referidos a este fenómeno de singular interés para la identidad de Nación. El primer Premio Nacional de Estudios en Cultura fue entregado a Gabriel Cadavid Marulanda, por su trabajo *Memoria visual de la narrativa colombiana en el cine*. Desde entonces, y tras sumar

a esta categoría el reconocimiento a la Gestión Cultural, el premio transformó su nombre para convertirse en Premio Nacional de Investigación y Gestión Cultural con las modalidades de Estudios en Cultura y Gestión Cultural.

Este año, en el que nuestros premios arriban a su edición 50, son ya ocho veces las que se ha citado a los investigadores y gestores de la cultura. Para esta edición de la *Agenda Cultural Alma Máter* hemos preparado una selección de apartados de los tres textos finalistas que esperan el resultado final el próximo 18 de octubre en la gala universitaria de los Premios Nacionales de Cultura, en nuestro Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo.

Guillermo Correa Montoya, Jorge Lopera Gómez y Rodrigo Vélez Ángel son nuestros colaboradores de esta edición y a la vez los reconocidos por el jurado como finalistas del 8.º Premio Nacional de Investigación y Gestión Cultural / Modalidad Estudios en Cultura. Desde diferentes balcones, estos investigadores y creadores han decidido contemplar la geografía humana para hallar razones a nuestros comportamientos y formas diversas de ser y entender la realidad. *Amores oblicuos. Aproximaciones históricas a la homosexualidad en Colombia desde la literatura, la prensa y la pintura, 1890-1990; Una imagen probable. Arte conceptual en América Latina, y Autores afrocolombianos: dramaturgia para la libertad y la escena*, son, en orden, los nombres de cada uno de los textos que, coherentes con la tradición investigativa, resultan explícitos y descriptivos frente a cada uno de sus contenidos.

Sea pues esta la oportunidad de *conocer sin juzgar*, las visiones de tres personas de universos distintos que se han visto abocados a navegar en el mismo río, el de la cultura y sus fascinantes vorágines.

Oscar Roldán-Alzate